

destinado al exterminio y la desaparición, idioma rico en significados, apreciaciones y vocalizaciones. Surgieron el inglés, el francés, el chileno y argentino para representar el exterminio, también llamado civilización, en el nombre del progreso y la evangelización de las almas. Al cabo de esto y finalmente la última yagana, Rosa Yagán, navegó amortajada por los pasillos del hospital de Punta Arenas rumbo a su tumba en el pequeño cementerio de los yaganes en Mejillones, Puerto Williams.

A modo de sincronismo, la propia Rosa Yagán apareció una sema-

na antes del estreno con su canto y textos en la misma tonalidad e intención que la música ya creada.

Dos semanas antes conocimos a Patricia Stambuk y, luego de escucharlos acerca de lo que llevábamos a cabo y el resultado musical, gentilmente recopiló grabaciones de entrevistas que le hizo a Rosa Yagán. Ahí Rosa floreció y nos demostró lo potente que es, ya que con su canto y sus textos magnificó la puesta en escena, puesto que en conjunción y sincronía la tonalidad y lo armónico de su voz encajaba dulcemente con la musicalización ya elaborada. Así es como ella ingresó al sonido para

reirse, contarnos cosas, para hablar en inglés y yámana y sobre todo, para cantar en el último tema de la obra con intenciones, matices y fraseos, en una conjunción que nos atañe a nosotros que tuvimos conocimiento de la causa y a ustedes, los lectores de este artículo, porque ignoraban ese detalle y ahora se los cuento. Lakutaia le Kipa vivió con los últimos de su raza, vivió para cantarlo y contarlo. Me encantaría que la escucharan cantando, contando, hablando en inglés, en yámana, suspirando, riendo.

Rosa Yagán es una flor magallánica. ■

Remos en la oscuridad

Patricia Stambuk M.

Periodista, profesora universitaria¹

Lakutaia le kipa está venciendo la muerte del olvido, desde las sombras de otro escenario.

Rosa Yagán –Lakutaia le kipa en su idioma– comenzó a escribir su historia, a mi modo de ver, en nuestro primer encuentro en un hospital de Punta Arenas.

Estaba sentada muy erguida en esas feas camas blancas de metal de los recintos públicos de salud y tejía un par de medias amarillas, con esa mansedumbre, con esa prestancia y dignidad de las personas sencillas de todos los tiempos. Detrás de su silencio había seis siglos en tierra americana y mucha sabiduría; había tempestades en los mares más tormentosos de la tierra; alegría, expre-



Rosa Yagán, Compañía de Teatro Equilibrio Precario, 2004.

Fotografía: Mariela Rivera.

1. Patricia Stambuk es autora del libro *Rosa Yagán, el último eslabón*, 1986, Santiago: Andrés Bello.

sada en su risa cantarina; tristeza, contenida en sus pausas, en unos ojos que se apagaban, pero siempre sin lágrimas. Me pregunto ahora cuándo fue que dejó de llorar.

Por eso, en el instante en que las luces se apagaron en la sala de Matucana 100, y un foco en bambalinas develó la figura de Rosa con su haz potente sobre el costado izquierdo del telón, la imagen me hizo estremecer. De las sombras no emergió un actor que representaba a Rosa. Era Rosa.

Mi cuerpo se despegó del respaldo de la silla y quedé tan erguida como se veía ella en esa recreación en la despintada cama de aquel hospital de Punta Arenas. No lo podía creer. ¡Estaba allí!, tal como la conocí! Carecía de importancia la licencia del pelo largo de su juventud, que había acortado con los años. No era una máscara, ni una fotografía ni un holograma. Era la memoria viva de Lakutaia le kipa.

Me preguntaba entre lágrimas *¿cómo pudieron iniciar la obra, justamente, con aquella imagen?* Si alguien me dice que esa no fue la apertura de la obra *Rosa Yagán* de la compañía Equilibrio Precario; que fue el cormorán moviendo sus alas en el centro del escenario, una ruca, en fin, no lo recuerdo. Volví cinco o seis veces al teatro y siempre la obra partió con ella, con la *india vieja*, como solía decir, que se convertiría en una de las amistades más bellas que he tenido en la vida.

¿Qué intuición o qué acto mági-

co y creativo había conectado a los creadores conmigo, que tuve el privilegio de registrar su relato? Ella, la mujer que unió dos siglos a golpe de remos, seguramente había movido los hilos de esta nueva forma de contar su historia y la historia de su raza desde otro escenario.

El relato

Hasta el momento en que se publicó *Rosa Yagán*, el último eslabón, en 1986, no había testimonio alguno comparable en la historia de las etnias australes. Y ya no lo podrá haber.

Creo que cuando las palabras de Lakutaia le kipa se plasmaron en las páginas de esa primera edición, pasaron a ser parte de la memoria esencial de la identidad chilena. Una identidad siempre confusa, hurgada por los expertos, imaginada por los teóricos, pero con un ingrediente absolutamente claro: el rechazo a lo indígena; a los rostros que han caminado por siglos por las veredas de este pueblo entre mar y cordillera; a sus ricas culturas; a sus epopeyas cotidianas de conversar con la naturaleza como lo hizo Rosa en las tormentas del Cabo de Hornos, con el oído atento a los augurios de las gaviotas, o al pie del arco iris, pidiendo bonanza para su raza en ese territorio desafiante pero fecundo.

Su sabiduría ancestral ha dejado huellas en el lapso transcurrido entre esa edición a tres años después

de su muerte y la que acabamos de publicar a fines de este 2004, con nuevas referencias históricas y más iconografía. Una de esas huellas es esta obra teatral de sombras, referida a la vida espiritual y al destino de los canoeros fueguinos.

La palabra de Rosa, registrada en largas y emotivas conversaciones que sostuvimos a partir de 1975, articula de algún modo el relato, que se estructura con diversos recursos. Y allí surge de nuevo el asombro, porque habiendo entregado esas grabaciones diez días antes del estreno, en un encuentro con Carmen Luz Maturana y Arturo Rossel que había demorado casi un año en ocurrir, calzaron con la perfección de la pieza de un rompecabezas.

Tal como el libro, la obra tiene la cualidad de dar una visión de los contextos históricos y culturales del mundo occidental que significaron la rápida aniquilación de estas antiguas culturas australes, aunque en algunos casos - ¡solo en algunos casos!- desearan lo contrario: la penetración colonial religiosa, la presencia militar chilena, la codicia, la incapacidad americana y europea de comprender una realidad humana distinta.

Para esperanza y consuelo, Lakutaia nos deja remando en la oscuridad y riendo. Es el *káshpij*-el espíritu- de *la última de la raza de Wollaston* que sigue navegando por los mares de la Tierra. ■